

CUESTIONES SOBRE LA PSICOLOGÍA.
SELECCIÓN DE TEXTOS

Siguan, M. (1961). La psicología como profesión. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 58, 377-388.

La psicología como actividad profesional ha alcanzado, o está alcanzando, esta situación en muchos países. Sus posibilidades de aplicación, y con ello su inserción en la economía y en el mercado de trabajo, presionan fuertemente en este sentido. Las sociedades de Psicología, esencialmente concebidas como sociedades científicas, y de intercambio de información, se ven llevadas a ocuparse en proporción creciente de cuestiones profesionales.

Las cuestiones fundamentales con que en el orden profesional se enfrentan actualmente los psicólogos, son, a mi juicio, las siguientes:

a) Problemas en relación con la organización de la enseñanza y con los certificados de aptitud (grados y niveles de enseñanza, especialidades, etcétera).

b) Normas de actuación profesional, código deontológico.

c) Organización profesional de los psicólogos y posibilidades de ordenación legal. (p. 378).

Siguan, M. (1986). Psicología española, ¿una tarea común? *Papeles del Colegio*, 4(25), 41-42.

No, no tengo vocación de masoquista, ni escribo para hurgar en nuestras limitaciones, sino todo lo contrario. Estoy convencido, como decía al principio, de que la Psicología en nuestro país y en primer lugar la que se elabora en los departamentos universitarios, ha salido definitivamente de su infancia y ha alcanzado un nivel difícil de imaginar hace unos años y perfectamente comparable con el que tiene en países vecinos del nuestro en nuestra área geográfica y cultural. Pero precisamente por ello, porque el despegue ya ha tenido lugar, las nuevas generaciones deben asumir esta situación y las responsabilidades que implica. Y la primera, es la de multiplicar los contactos exteriores, integrarse en redes internacionales de investigación y asegurarse así una presencia, modesta pero efectiva, en la comunidad científica internacional. Y me atrevo a afirmar que en la misma medida que esto ocurra, en la medida en que se muevan por el mundo con más soltura que no lo han hecho sus mayores también tendrán menos reparos en citarse mutuamente y en sentirse solidarios de una tarea común. (p. 42).

Siguan, M. (1981). *La Psicología a Catalunya*. Barcelona: Edicions 62.

La psicologia, en el sentit actual d'estudi científic de la conducta humana, és una ciència molt jove, no plenament constituïda, amb teories i escoles

enfrentades que disputen encara sobre el seu objecte i el seu mètode.

Però si la psicologia científica és tan jove, la reflexió sobre la naturalesa de l'home i la seva manera d'actuar ha estat, en canvi, un tema sempre present des que l'home va començar a intentar d'obtenir una explicació racional de la realitat. Tota filosofia, i en general tot sistema ideològic, inclou una explicació de l'home que pot interpretar-se com a psicologia.

I, al costat de la reflexió teòrica, l'interès pràctic per entendre i preveure el comportament i les seves diferències individuals i col·lectives és encara més antic. En tots els temps, els metges, els pedagogs, els moralistes, els militars, els polítics, i no cal dir els comerciants, han basat la seva activitat i els seus èxits en un cert coneixement del comportament humà que els ha permès de preveure'n les reaccions. Alguns d'ells fins i tot han formulat per escrit i per a la posteritat el resultat de la seva experiència. I certament els escriptors de tots els temps han convertit sovint en creació estètica les seves observacions sobre el comportament humà.

Sigui quina sigui l'opinió que ens mereixin aquests coneixements des de la nostra perspectiva científica actual, certament en constitueixen el precedent històric. Però en certs casos descobrim a més a més que mantenen una vigència que la nostra ignorància històrica no ens permetia de sospitar. Són pedres essencials de la reconstrucció que ens proposem i, en la mesura de les nostres possibilitats, caldrà tenir-les en compte. (p. 6-7).

Siguan, M. (1984). De mi vida como psicólogo. *Revista de Historia de la Psicología*, 5(3), 5-36.

En las páginas anteriores he intentado resumir mi peripecia vital en relación con la psicología. Pero, a esta altura del camino ¿qué pienso de la psicología que un día elegí como ocupación principal?

Creo sinceramente que volvería a elegirla. Procurar entender la manera de ser y de comportarse del hombre me continúa pareciendo lo más interesante de las dedicaciones intelectuales posibles. Pero la psicología en nuestros días no significa sólo ocuparse del hombre para intentar entenderlo sino intentar entenderlo científicamente. Con lo cual la pregunta se me convierte en ¿qué pienso de la psicología como ciencia?

En contra de lo que acostumbra a decirse entiendo que la separación de la psicología de la filosofía y el esfuerzo por constituirla en una ciencia autónoma no comienza a fines del siglo XIX con la introducción de la experimentación sino mucho antes, en el siglo XVII con el empirismo inglés y conduce a una psicología introspectiva y asociacionista. Psicología que en el siglo XIX se estrella en los esfuerzos por explicar la relación entre hechos psíquicos y hechos fisiológicos. Esfuerzo que acaba en fracaso y que conduce a la decisión de renunciar a los hechos psíquicos en cuanto tales y limitarse a los datos del comportamiento directamente observables por los sentidos externos. Más que Wundt son Pavlov y Watson los representantes de esta segunda revolución por la que la psicología se homologará definitivamente con las ciencias naturales.

No necesito recordar aquí los méritos y los éxitos de esta manera de entender la psicología en la que en alguna medida todos nos movemos. Pero tampoco puedo ocultar sus limitaciones de las que he sido siempre muy consciente y que se revelan en primer lugar en el hecho de que con esta orientación no ha logrado imponer su propio modelo de psicología representado por el conductismo o la reflexología sino que a su lado y con la pretensión de ser igualmente científicos coexisten otros modelos de psicología, como son la psicofisiología, la psicometría, la psicología genética y por supuesto la psicología analítica. Cada uno de estos modelos tiene una idea distinta de la realidad humana objeto de la psicología y una idea distinta de en qué consiste una explicación científica de esta realidad.

Las contraposiciones teóricas entre las distintas escuelas psicológicas son tan fuertes que parece que deberían provocar un debate permanente y una reflexión profunda sobre el objeto y el método de la psicología. Pero más bien ocurre lo contrario, como si los psicólogos, separados desde hace tan poco de la filosofía, temiesen que si tratan de ciertos temas se les volviese a incluir en el redil filosófico. Reacios a cualquier discusión epistemológica se contentan con recordar que algún día se decidió que la conducta humana, sujeto de la psicología, era una realidad material, homogénea como las realidades materiales objeto de cualquier otra ciencia natural.

Pero esta homogeneidad que en los días del mecanicismo parecía fácilmente comprensible, hoy lo es mucho menos por no decir que carece de sentido. ¿Qué entiende la física moderna por "materia" que sea común con nuestra ciencia? ¿Y qué diremos del significado que para el marxista tiene la materia que permite incluir en ella la conciencia por no decir el espíritu?

Creo que nuestra ciencia adolece de una grave falta de examen crítico de sus fundamentos. Y entre las diferentes cuestiones que deberían plantearse la más grave es a mi juicio el conflicto entre las explicaciones de tipo biológico y las de tipo sociológico y la ambigüedad conceptual que supone el manejarlas a la vez.

A los psicólogos les convendría recordar que Comte, el padre del positivismo, tenía una opinión brutal sobre este punto. Si prescindimos de la introspección como método científico la psicología desaparece como ciencia, pues lo que se puede decir científicamente sobre el comportamiento humano corresponde a la fisiología o corresponde a la sociología. A menos, añadiría yo, de que logremos mostrar cómo en el hombre se enlazan los dos tipos de fenómenos y cómo se enlazan los dos tipos de explicación.

Parecería lógico que los psicólogos marxistas hubiesen profundizado en este análisis ya que su compromiso político les obligaba a tener en cuenta una concepción del hombre para lo cual el hombre es desde su raíz y en su totalidad fisiológico y a la vez social. La verdad que con algunas excepciones, y pongo en primer lugar a Wallon —esto no ha ocurrido y que la psicología marxista ha sido en conjunto de una decepcionante superficialidad en su perspectiva teórica. La mayor parte de la psicología rusa, incluida la más brillante, es marxista sólo de nombre.

En mi opinión, si la biología y la sociedad —o la biología y la apertura a los demás— coinciden en algún punto de la naturaleza humana, este punto

ha de ser el origen de la conciencia. Y si la explicación fisiológica y la explicación sociológica han de subsumirse en una nueva forma de explicación, esta explicación, deberá ser de tipo genético, que es así —sigo hablando a título personal— la explicación más específicamente psicológica.

Lo cual enlaza con el segundo gran problema teórico de la psicología contemporánea, el abandono de la vertiente consciente de la conducta.

El abandono de la conciencia ha sido el precio que la psicología se ha ofrecido a pagar para ser considerada como una ciencia rigurosa. El abandono a la larga ha resultado insostenible y hoy vemos como se está efectuando un viraje que hace tiempo era previsible. Pero lo curioso es que se está redescubriendo la conciencia —los aspectos conscientes del comportamiento— sin discutir sus implicaciones teóricas de este descubrimiento, como si la metodología y la naturaleza de las explicaciones pudiesen ser las mismas si tenemos en cuenta que el hombre es consciente de su conducta como si lo olvidamos.

Sé perfectamente, sabemos todos, que si la psicología es una ciencia de moda, si los cursos de psicología en las Universidades están llenos, y si hay libros de psicología en las librerías y se venden bien no es por curiosidad por los últimos resultados de la psicología científica ni por las discusiones teóricas cuya ausencia acabo de lamentar. Sino porque es una ciencia aplicada que permite, o que se espera que permita, conocer mejor a los hombres o influir en su comportamiento.

Que la psicología teórica y la aplicada vayan por caminos distintos no es novedad. Ya en la época clásica una cosa es lo que dice Aristóteles sobre la naturaleza del alma o sobre los sentidos y el conocimiento y lo que dicen los textos hipocráticos sobre los distintos humores y los temperamentos de los hombres individuales. Lo que sí fue novedad es que la psicología científica prometía unificar la teoría y la práctica. Cualquier técnica para estudiar experimentalmente la memoria además de servir para aclarar su funcionamiento, podría convertirse en test para medir las diferencias individuales en la capacidad de recordar.

La verdad es que el entusiasmo por la psicotécnica, tan grande en los tiempos en que yo empezaba a estudiar, se ha reducido considerablemente tanto en el aspecto teórico como en sus aplicaciones. Y la controversia entre métodos psicométricos y métodos comprensivos para describir al individuo o, a un nivel más modesto, entre tests psicométricos y tests proyectivos o métodos estadísticos y métodos clínicos —reflejo a nivel práctico de las controversias conceptuales antes aludidas— sigue aproximadamente igual que en mis tiempos de estudiante.

La psicología aplicada no pretende sólo diagnosticar a los individuos y en otros casos a los grupos humanos sino influir sobre ellos. A diferencia de lo que he dicho para el diagnóstico, la psicología científica no nació anunciando una manera distinta de influir. La línea que lleva a la terapia analítica arranca más bien del mesmerismo y de la sugestión. Pero ante el éxito espectacular de las terapias analíticas, la psicología científica se ha visto llevada a proponer una terapia deducida de sus principios, la "modificación de conducta" o como se quiera llamar.

La oposición entre estos dos tipos de terapias igual como la oposición entre los dos tipos de metodologías para el conocimiento del individuo, resulta de la misma ausencia de un modelo adecuado de la realidad humana, ausencia suplida por dos metodologías opuestas, ambas, insuficientes: el método científico incapaz de comprender las intenciones o el sentido de una conducta humana, el método analítico incapaz de justificar científicamente sus interpretaciones.

Pero a esta insuficiencia de fondo de una idea directriz sobre el ser del hombre, si hablamos de psicología aplicada hemos de añadir una segunda insuficiencia, la falta de una idea sobre el deber ser del hombre.

Curar la enuresis de un niño, suprimir los comportamientos homosexuales de un individuo o eliminar una neurosis de angustia implica creer que es mejor para el paciente y para los demás que no moje la cama, que tenga un comportamiento heterosexual y que no viva angustiado. Pero ¿es seguro que sea mejor? ¿Quién lo decide y en virtud de qué principios? No ciertamente en nombre de la ciencia psicológica que como ciencia no tiene principios ni reglas valorativas. Hablemos claro: toda aplicación psicológica supone una ética. Los intentos de escabullir esta afirmación de mero sentido común sólo conducen a la confusión. (p. 28-31).

Siguan, M. (1974). Prólogo a Arnau, J. *Motivación y conducta*. Barcelona: Fontanella.

¿Qué ocurre con el advenimiento de la psicología científica?

Empecemos por recordar que con el nombre de psicología científica se pueden entender cosas sensiblemente distintas.

A lo largo del siglo XVIII la psicología se independiza del pensamiento escolástico y pretende por diversos caminos convertirse en una ciencia con el mismo título que la física, tan empírica, tan rigurosa e incluso tan experimental como la física, pero con un objeto propio, mientras la física se ocupa de lo físico, la psicología se ocupa de los "psíquico", definido por su carácter de consciente. Sólo mucho después se intentó una unificación del objeto de la psicología con el de la ciencia natural. En cualquier caso, la primera consecuencia de esta nueva manera de entender la psicología será la desvalorización de la acción inteligente y libre que para la psicología tradicional constituía la esencia de la actividad humana. Un "hecho libre" es algo que por principio cae fuera del ámbito de la ciencia natural, ya que la ciencia natural se constituye a través de explicaciones causales y deterministas.

Esta desvalorización de la voluntad en la conducta coincide lógicamente con la valorización de lo instintivo. De gran parte de la psicología del siglo XIX puede decirse que su mayor empeño consiste en descubrir y poner en claro lo que hay de instintivo por debajo de la actividad humana considerada como racional y libre. Ya en pleno siglo XX el freudismo representa la última y más brillante manifestación de esta manera biologizante de explicar la conducta humana en una auténtica apoteosis del instinto.

Pero los psicólogos que se tomaron en serio la pretensión de hacer de la

psicología una disciplina realmente científica acabaron por caer en la cuenta de que el concepto de instinto no cabe en los cuadros conceptuales de la ciencia natural.

Según las definiciones del instinto que todavía perviven en algunos manuales la actividad instintiva es específica —común a todos los miembros de una misma especie y por tanto hereditaria— y es automática y por tanto estereotipada con relativa independencia de las particularidades ambientales. Pero de la actividad instintiva se dice además, y aquí empiezan las dificultades, que es estructurada y finalista. Estructurada porque cada uno de sus elementos sólo existe en función de la estructura terminal y finalista, porque esta estructura a su vez se subordina a una utilidad posterior: la araña teje la tela "para" cazar arañas. Este concepto de estructura finalista ciertamente no encaja en los supuestos de la ciencia natural. (p. 8-9).

Siguan, M. (1985). Prólogo a Anguera, M. T. *Metodología de la observación en las Ciencias Humanas* (3ª edic. revisada). Madrid: Cátedra.

La difusión de la experimentación en Psicología, acontecimiento capital para el desarrollo de esta ciencia en nuestro tiempo, ha producido la tendencia a identificar la psicología experimental con la psicología científica y la experimentación con la metodología científica en psicología, con lo que implícitamente se ha opuesto la observación propia de la psicología antigua con la experimentación símbolo de la nueva y se ha relegado la observación al nivel de lo pre-científico.

Craso error, porque la observación sistematizada y la experimentación no se oponen sino que son modalidades de una misma actitud ante la realidad: la investigación científica. No sólo la experimentación se apoya en la observación previa sino que la misma experimentación no es sino una forma de observar en condiciones singulares. Condiciones que facilitan la comprobación de los resultados conseguidos, pero que de ningún modo autorizan a decir que la observación experimental sea la única manera de asegurar el valor científico de un conocimiento. De hecho, hay muchas zonas y manifestaciones de la conducta humana que no pueden ser observados experimentalmente más que en forma fragmentaria o que al examinadas así se modifican o se deforman y no por ello renunciamos a estudiarlas científicamente. Lo hacemos por medio de una observación sistemática que nos autoriza a deducir conclusiones válidas de lo observado.

Por supuesto hay muchas maneras de observar en psicología según el objeto que pretendemos observar y según el punto de vista que adoptamos ante él. No observamos de la misma manera los desplazamientos de una rata en un laberinto, que el comportamiento de un niño pequeño que juega o que empieza a comunicarse verbalmente con sus compañeros, o que la evolución de un grupo de estudiantes que viven en comunidad. En cada uno de estos ejemplos la forma de describir y de cuantificar lo observado será distinta. En el caso de la rata el repertorio de los hechos observables es relativamente corto y definido. Podemos medir el tiempo transcurrido hasta que el animal

alcanza su objetivo, el número de veces que se ha introducido en un pasillo equivocado y el tiempo que ha tardado cada vez en rectificar su error, etc. O con un enfoque distinto, podemos reproducir gráficamente el trayecto seguido por el animal. En el caso del niño las actividades observables son mucho más variadas y la observación ha de empezar por definir y clasificar estas actividades, y esta tarea de clasificación puede ser la parte más laboriosa y compleja de todo el proceso. Por otra parte, las actividades del niño pueden ser descritas de maneras muy diversas. Así, la descripción de un gesto puede consistir en su descomposición en movimientos simples o puede inducir su intención comunicativa: "el niño extiende la mano ofreciendo algo", "el niño rechaza lo que se le ofrece". Y dado que la comunicación implica interlocutores la observación de la conducta del niño podrá incluir la observación de la conducta de los que le rodean, la situación en la que unos y otros se encuentran y sus interacciones mutuas. Y en el caso de la observación de un grupo, la descripción de la situación colectiva y de las interacciones mutuas ocupan el primer plano y la clasificación previa de los hechos observables deberá referirse precisamente a ellas.

Pero en cualquiera de estos ejemplos y por distintas que sean las técnicas utilizadas, la observación consiste en extraer de la realidad datos normalizados de tal modo que sean comparables y correlacionables. Ello es lo que permite su objetivación y lo que da carácter científico a los resultados conseguidos. Añadamos que cualquiera que sea la técnica utilizada, la observación requiere rigor y honestidad intelectual, requiere por supuesto paciencia y constancia, y requiere un cierto entrenamiento, o mejor una larga experiencia. Y añadamos todavía que supone una cierta pasión por entender la conducta ajena, una cierta capacidad de introyección.

